



Núm. 21.

30 de Mayo de 1861.

Año I.

LA EMPERATRIZ MATILDE.

LEYENDA HISTÓRICA.

CORRÍA el año de 1150 cuando la emperatriz Matilde, hija del rey de Inglaterra Enrique I y esposa de Geoffroy Plantagenet, sostenía una cruda guerra contra el príncipe Estéban. Matilde, que sostenía los derechos de su hijo Enrique y no omitía penas ni fatigas para llevar á cabo la guerra, se vió un día obligada á embarcarse, á pesar de estar el tiempo no muy seguro.

Apenas el buque de la reina se vió en alta mar, arreció el tiempo, hincháronse poco á poco las olas, y á las pocas horas todo anunciaba una tempestad de las mas violentas.

Las olas, levantadas como montañas, se cargaban de espuma; los vientos, desencadenados con furia, arrastraban al buque como si fuese una ligera paja, y la noche, la noche, siempre

triste en las soledades del Océano, envolvió en sus oscuros y profundos nubarrones el mar, los cielos y la tierra.

Los barones que acompañaban á Matilde oraban consternados, encomendando su alma al Sér Supremo.

La emperatriz estaba sobre cubierta, pálida, sí, pero llena de firmeza y serenidad; de esa serenidad que da al semblante un viso celeste, porque viene de Dios.

«¡Ánimo, ánimo, amigos míos! gritaba la princesa á los marineros; la Virgen es buena, es poderosa, y no es posible que nos abandone. ¡Alerta, alerta! Que estén con cuidado los vigías, y apenas distingamos la tierra entonaremos un himno á la Virgen del Buen Suceso, á la que haré levantar una capilla en la ribera de la primera costa que abordemos.»

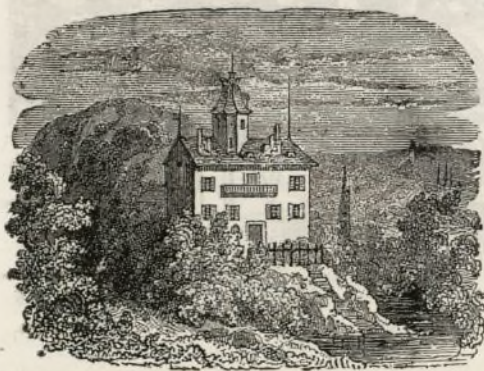
Matilde, despues de haber hecho su voto solemne, se puso á orar con los ojos fijos en el negro abismo que la rodeaba: las montañas de espuma se aplanaron súbitamente, y los vientos cambiaron poco á poco su soplo desencadenado

por una fuerte brisa que hizo volar el navío hasta las costas de Normandía.

De repente se oyó resonar la voz del piloto, que gritaba: «¡Canta reina; hê aquí la tierra!»

La reina, alborozada, respondió á este grito entonando un cántico dulce y grave á la vez, y los barones y la tripulación le repitieron de rodillas, con la cabeza desnuda.

La nave, salvada tan milagrosamente del naufragio, ancló en una pequeña bahía de la



La capilla del Buen Suceso.

baja Normandía, donde el primer cuidado de la emperatriz fué ir con gran pompa á señalar el lugar donde habia de edificarse la capilla que habia ofrecido á su libertadora.

Esta virtuosa princesa, que mas tarde hizo entrar en la corona de Inglaterra la gloriosa raza de los Plantagenets, quiso, antes de abandonar aquella costa hospitalaria, colocar por su mano la primera piedra de la capilla dedicada á la Virgen, que dotó con insigne piedad.

Robustiana Armiño de CUESTA.

CUENTOS AZULES.

III.

Los enanos gigantes.

(CONCLUSION.)

—Por lo tanto, yo... dijo el médico.

El rey arrojó al médico á empellones de la estancia.

—Estos mis vasallos saben mas refranes que

Sancho Panza, continuó el rey al quedarse solo. Respecto á mi hijo, le educaré como á sus hermanos, esto es, como á un gigante.

IV.

Los tres enanos gigantes.

Los tres hijos del rey Tonto se criaron como aquel dijo. Recibieron una educacion de gigantes, y todo el mundo les hizo creer que lo eran aunque no lo fuesen en realidad. Los pobrecitos, como eran ciegos, tomaron como artículos de fé las lisonjas, y se persuadian que eran los mozos mas gallardos que habia en el mundo.

¿Y cómo no lo habian de creer si cuando salian á paseo, delante de su coche iba un criado diciendo á voz en grito?

«Paso, paso, que aquí vienen los muy altos y poderosos gigantes, Cutibelambro, Fierabras y Majavidas, hijos de rey y príncipes sin par.»

Y el pueblo que tenia mucho miedo á los *desenlaces* de Tonto III, al oír tales palabras, esclamaba.

—Pasen, pasen los muy altos gigantes, hijos de rey y muy queridos del pueblo.

Si á comer iban, se repetía la escena, pues un criado los precedía gritando:

—Abran las puertas, derriben tabiques, pues aquí vienen los tres mas robustos gigantes, hijos de rey.

Los cortesanos, como aduladores que eran, se inclinaban ante ellos diciendo:

—Salud, salud á los nobles gigantes hijos de rey, salud y gloria, y que los 400 bueyes que van á despedazar con sus magnificas y reales quijadas, les aproveche.

—Sí, sí, respondían las mujeres; gozad, gozad, gallardos príncipes, que pareceis columnas del cielo, montañas de la tierra, y sois envidia de las hermosas.

Escusado será decir, que apenas pasaban los tres príncipes que parecían tres cañamones, las hermosas y los hombres se echaban á reír de la pequeñez de los enanos, lo que no obstaba para que ellos mas huecos que un pavo real con su altura, no se inclinasen mucho siempre que pasaban por una puerta.

—Hermanito, dijo una vez uno de ellos, llamando á otro.

¡Trueno de Dios! replicó Fierabrás, me insultas dándome el apodo de un muñeco.

—¿Si creerá Majavidas que es mas alto que nosotros?

—Mas alto que yo, y yo soy mas alto que mis pensamientos, y eso que son divinos, dijo Fierabrás.

—Y yo soy mas alto que mi honra, que está tan elevada.

—Y yo mas alto que la pátria en el corazon de un hombre.

—¿No querias insultarnos, Majavidas?

—¿No querias ajarnos, hermano?

—Ni uno ni otro, todos somos muy gigantes en ideas, en intenciones y en altura.

—Un dia voy á ponerme en una silla á ver si llego al cielo.

—Yo un dia voy á comerme la luna en escabeche.

—Y yo voy á hacer al sol mi reloj de bolsillo.

—Yo tengo miedo de pisar porque temo aplastar á los hombres.

Y yo tengo miedo de alentar, porque creo voy apagar la luz del mundo.

—Y yo tengo miedo de toser para no causar terremotos.

—¡Ojalá tuviera ojos para verme! dijo Fierabrás.

—Envidia á los que nos miran, replicó Cutibelambro.

—Y yo alabo á la madre que nos dió el ser, repuso el tercero.

Asco daba oir hablar así á tres enanos.

A otros pensamientos no menos elevados estaban entregados nuestros tres gigantescos personajes, cuando entró el rey Tonto á besar á sus tres miserables hijos.

—Fierabrás, dijo Majavidas, no porfies te repito, que mi altura es descomunal, ¿no se lo oyes decir á nuestros súbditos y á nuestros padres?

—¡Buena estatura está la vuestra! se dijo el papá para sí.

—¿Sabeis que me ocurre una cosa, hermanos?

—¿Qué te ocurre? contestaron ellos.

—Que si seguimos creciendo como hasta ahora, vamos á tropezar en el cielo y no nos bastará el mundo para vivir.

—¡Canástos con los niños, dijo Tonto, si no son muy grandes, lo que es vanidad no les falta!

—¿Quereis, hermanos, que hagamos una esperiencia para ver si el razonamiento de Majavidas tardará mucho en verificarse?

—Sí, sí, sí, respondieron Cutibelambro y Fierabrás.

La reina entró en la estancia de los príncipes entonces.

—¿Qué haces esposo aquí?

—Cállate, espero lo que van hacer estos renacuajos.

—Estiendo mi brazo en el cielo y nada toco sino el vacío, siempre el vacío, dijo Fierabrás; aguardad un poco, voy á subirme en una silla, ahora toco una cara redonda con ojos y narices, una cosa blanda como si fuera cuajada; ¿qué os parece que será?

—La luna es, la luna, respondieron los otros dos.

Lo que tocaba Fierabrás era el rostro de Truchatronchos, que como ya era vieja se daba blanquete.

La reina se estaba sentada, y al oir la salida de sus hijos se echó á reir.

—Ahora sube tú Cutibelambro, ¿á ver dónde alcanzas con tu mano?

—No toco nada, dijo aquel, ahora sí, una cara que arroja fuego, ¿qué será, qué no será?

—Es el sol, es el sol, contestaron los otros.

Lo que era efectivamente, era la cara de Tonto que la tenía un poco encendida porque acababa de beber vino.

Tonto estaba sentado en el suelo, y al oir la respuesta de sus hijos tuvo que tumbarse muerto de risa.

—Solo faltas ahora tú, querido Majavidas, súbete en el sillón y dinos lo que palpés.

—Nada, nada, ahora sí, unos pinchos muy grandes, muy grandes, puestos como los dientes de una rueda de un molino, ¿qué os parece que sean, hermanos?

—Son las estrellas, las estrellas son, replicaron ellos.

Lo que palpaba Majavidas eran las manos de sus padres, que temerosos que al empinarse no se cayera, acudieron con sus manos á sostenerle.

—Anda, anda, dijo Tonto á su mujer, tus hijos nada menos han manoseado que el sol, la luna y las estrellas; un paso mas y están en el Olimpo.

—Pierde cuidado, no subirán tan alto.

—Lo que mas gracia que ha hecho, ha sido lo que tocaban á la luna cuando sacó Fierabrás sus dedos manchados de blanquete.

—Pues para mí lo mas gracioso fué, cuando dijo Cutibelambro que tocaba el sol, cuando tocó tu rostro encendido por lo que bebes.

—Fué llamarte en pocas palabras coqueta.

—Y á tí llamarte borracho.

—Borracho yo, tenga su lengua la.....

—No señor, no la tendré, porque cuando tú me buscas me encuentras.

—Mira que yo no soy muy blando de génio.

—¿Y á mí qué me importa?—sino andaras sembrando mentiras no cogerias enredos.

—Señora luna, que vamos á acabar mal.

—Señor sol, mal empezamos.

—¡Ojalá no me hubiera casado contigo!

—¡Qué mal hice en tomarte por esposo!

—¿Si creerás que me honraste? yo era rey.

—¡Qué cáscaras! yo era mujer.

—¿Quereis guerra?

—No busco al menos la paz.

Los dos esposos tenían esta disputa fuera de la estancia de los príncipes, y lejos de terminarla la agriaron por momentos.

—Al fin te mandaré cortar la cabeza.

—No será sin que antes te arranque yo las orejas.

—Mira que andas buscando tres piés al gato.

—Ni tres, ni ocho, ni ninguno.

—Eres muy poco racional y muy poco prudente.

—Menos lo eres tú y pasas.

—Pasas de Málaga serán.

—Vamos, ¡eres de los mas tontos que he visto!

—Los niños me parece que lloran, véte á ver por qué lloran.

—Véte tú, que piernas tienes.

—Vamos los dos, si bien te parece, querida.

—Eso es otra cosa, bien mio, si te rindes, cedo.

Los dos esposos fueron á ver por qué lloraban los niños.

Los angelitos, preguntada la causa de su afliccion, respondieron:

—¡Ay papá! ya llegamos al cielo, y si continuamos creciendo, como es regular, no nos bastará ya el mundo y nos moriremos.

—Hi, hi, hi, dijo llorando Majavidas.

—Hu, hu, hu, exclamó gimiendo Fierabrás.

—¡Jesús qué idea mas rara! entre mi mujer y mis hijos me quitan el reposo.

—Perded cuidado, hijos mios, dijo la madre, no sucederá así.

—¡Pero mamá, si sucede nos moriremos!

—Hi, hi, hi.

—Hó, hó, hó.

V.

Las tres princesas, Beldad, Hermosura y Hechizo.

—Estos pequeños, tienen unas ideas gigantes, dijo el rey Tonto III abandonando á sus hijos.

—Fierabrás, dijo un enano al quedarse á solas con sus hermanos, Fierabrás, ¿quiénes serán las afortunadas esposas que padres nos den?

—Mucho deben meditarlo, porque nuestros pedazos son como oro en barra.

—Quisiera ser mujer, para tener el gusto de ser mi esposa.

—Yo á no ser una princesa como un clavel, no me caso.

—¿Sabeis lo que decia el otro dia uno de nuestros servidores?

—¿Qué decia? preguntaron con interés Majavidas y Cutibelambro.

—Decia que las tres princesas Beldad, Hermosura y Hechizo, hijas del rey Moc, eran preciosas.

Esas nos convienen: yo me quedo con Beldad, dijo Cutibelambro.

—Yo con Hermosura, repuso Majavidas.

—Y yo con la otra, añadió el otro.

—Si padres no nos las dan, nosotros nos las tomaremos.

—¡Justo!

—¡Dices muy bien!

Los tres niños hablaron á sus padres del asunto, pero los reyes les dijeron que aun eran muy jóvenes para casarse.

—Ya lo oís, Cutibelambro y Majavidas, vamos á robarlas ¿quereis?

—Las robaremos, pues somos fuertes.

—Anarquía metamos ya que podemos.

—Hoy al salir á paseo, haremos que nos lleven á la corte del rey Moc.

—Y una vez allí, obtendremos por fuerza lo que no nos dan por justicia.

—Qué gusto, me voy á casar con mi Hechizo.

—Y yo con Beldad.

—Y yo con mi princesa Hermosura.

Los señores, elevados personajes, aprovecharon la amenidad de la tarde para dar un paseo. Gran muchedumbre de servidores les seguían, y no menos de carruajes y caballos. Llegados que fueron al paraje de su destino, dijeron al jefe de la escolta que su paseo debía prolongarse aun, pues habían pensado visitar al buen rey Moc, padre de tres tan bellas como incomparables princesas.

El jefe no extrañó el capricho de los enanos, tantos tenían, mas les preguntó que si toda la comitiva debía seguirlos.

—No, no, respondieron ellos, nos bastamos y nos sobramos nosotros.

—Hum, murmuró el jefe, no creo que á un enano le sobre mucho cuanto tanto le falta.

—Con que nos acompañen algunos hombres basta.

—Perfectamente, entonces andando.

La comitiva se puso en marcha.

Durante el camino, los tres enanos tuvieron una tan sabrosa como útil conversacion, cuyos pormenores ó los calla la historia, ó sino los calla deben conservarse en algun olvidado libro

de alguna antigua biblioteca. Nosotros solo conocemos el final de la susodicha plática, y no la encontramos tan sabrosa ni tan útil como dice la crónica; pero ya que nos hemos propuesto dar á conocer los varios pensamientos de nuestros héroes, transcribiremos el final de la conversacion de Cutibelambro, Majavidas y Fierabrás, los tres asombrosos gigantes y los tres hijos de rey.

—Seguro estoy como me llamo Cutibelambro, dijo este, que mi querida Beldad al verme tan grande y tan hermosote se queda vizca.

—Y yo afirmo que mi bella Hermosura, repuso Majavidas, no se quedará vizca, sino tuerta.

—Y mi Hechizo creo yo que se quedará ciega, deslumbraré sus ojos con la gran inmensidad de mi individuo.

—¡Qué hombres mas magníficos que somos! dijo el mayor, mirad, mi princesa me ama ya de seguro, por la fama de mi nombre.

—Toma, pues yo creo que la mia, el primer nombre que pronunció fué el mio, pues al nacer y al dirigir sus ojos al cielo, vió mi cabeza mas alta que las tejas de su palacio.

—¡Quita allá! pues si mi Hechizo, replicó Fierabrás, me amó mucho, mucho, mucho antes de nacer.

—¡Canástos! ¿cómo pudo ser tal?

—¡Sopla que quema!

—¡Carambita, sospechais de la rectitud de mis palabras, hola, á ver si me enfado!

—Como yo soy tan alto, mi cabeza que se pierde en la tierra, vá á terminar frente por frente á donde moran las almas de las princesas antes de nacer.

—Tienes razon, eres hombre de talento.

—Y como además.....

Sóo, dijo el cochero conteniendo á sus caballos.

—Ya hemos llegado, dijeron los tres enanos gigantes.

VI.

Por qué habia tantos chatos en la corte del rey Moc.

—Aquí vienen los tres gigantes mas altos de

la creacion, hijos de rey, exclamó un criado anunciando á la corte del rey Moc la llegada de nuestros héroes.

La corte del rey Moc, se componia, cosa rara, casi toda ella de chatos.

—Curiosidad tengo de ver á esos engendros portentosos, dijo Moc á su gran ministro Mic.

—Y yo tambien, exclamó Beldad, mas tierna que una jalea.

—¡Ay, cuando vendrán! dijo con un tono mas dulce que la miel la hermosa Hermosura.

—¡Serán muy simpáticos! añadió Hechizo con la voz mas almivarada del mundo.

—Mic, á fé de Moc, que no pueden ser tan altos como dicen.

—Señor Moc, á fé de Mic, que no puede ser.

—Somos tres y ellos son tres, dijeron las princesas.

—Son tres y ellas son tres, exclamaron los cortesanos.

—Mic, dijo Moc, algun contratiempo han debido tener nuestros tres príncipes; quizá hayan tomado nuestro palacio por un escalon y andarán por los tejados: anda, Mic, anda, ordena que los busquen por las alturas.

Mic salió de la estancia.

Todos los súbditos, jefes, chambelanes, mayordomos, ministros, guardias y servidores del rey miraron á los tejados del palacio y eso que eran gigantes.

—Yo no los veo, dijo por último el rey Moc.

—¡Cómo late mi corazon! pon aquí tu mano Beldad. ¿Qué oyes?

—Tic, tac, tic, tac.

—Es que el corazon es el péndulo del amor.

—Rey Moc, dijo Mic entrando; segun noticias los príncipes están ya ante nosotros.

—¿Te burlas Mic de tu rey Moc? pues mira Mic que Moc te hará cortar las narices.

—¡Qué disparate! exclamaron las tres bellas.

—¡Atroz, es el de cortarme mis sonrosadas narices!

—No, si nosotras decimos el de estar aquí los tres.

—¡Ah, yo creí..... pues si señores, aquí están, ni mas, ni menos.

—Pero hombre, ¿crees tú que no los hubiéramos visto? Vamos hombre, ya que lo quieres, anda hijo, anda á que te corten las narices.

—Y hará V. M. muy bien, dijo un hombre-cillo saliendo del grupo de los cortesanos, porque es un tunante, traidor al Estado, ya que me quitó á mi mi destino de mozo de escoba.

—Que si es bribon, eso no lo sabe V. bien, repuso una vieja; figúrese V. que no ha querido casarse conmigo.

—¡Oh es una iniquidad, es un republicano atroz!

—Y un sedicioso, replicó la mujer.

—Y queria dar un golpe de Estado, añadió el barrendero.

—Del árbol caido, todos hacen leña, replicó filosóficamente Mic, retirándose.

—¡El ministro vá á hacer dimision! exclamaron todos al verle salir.

Porque en la corte del rey Moc, la dimision de los ministros implicaba la de sus narices.

Por eso habia tantos chatos.

—¿Pero y esos tres queridos príncipes vienen ó no vienen? dijeron las tres princesas.

—Lum, véte á ver que ha sido de ellos, dijo el rey.

Lum se marchó tocándose las narices.

Porque en la corte del rey Moc, habia un extraño refran.

Era este:

Si narices ves cortar,

Puedes las tuyas tocar.

En efecto: los tres enanos gigantes estaban allí, como dijo S. E. Ellos habian oido acusar y defenderse al bueno del ministro, y ellos se explicaban de este modo el cómo no eran vistos de nadie.

—Somos tan altos, que se nos pierde de vista.

—O tendrán que derribar un tabique para que nos vean.

—O habremos tapado el sol con nuestros cuerpos.

—Eso es; sí, sí.

—¡Encantadora Hermosura! dijo Majavidas; el mas encumbrado de tus humildes servidores

viene rendido á dejar su alma en la mitad de tu corazón.

—Pero ¿dónde están esos príncipes? decía entonces Hermosura.

—¡Ay, hermanos, ay!

—¿Qué es eso?

—Nada; no es nada, sino que me han muerto.

Era Lum, que al salir habia aplastado á un inmenso y gigantesco gigante, Cutibelambro.

—¡Calla! Algo he pisado, dijo Lum bajándose á coger al infeliz.

—¿Qué animal será ese? preguntó Moc divinando apenas al enanito.

—Es un raton, dijo Beldad.

—No, hermano; es una mosca.

—¡Cá! Si es un mosquito, repuso Hermosura.

—Hermano, tomemos venganza del ultraje; vamos á aplastar el palacio de un manoton.

—Están de envidia que revientan, exclamó furioso Fierabrás.

—Porque somos mas altos que ellos.

—¡Justo! Fuego, ira y desolacion.

Fierabrás y Majavidas empezaron á descargar sendos mogicones uno sobre otro.

Como los pobres eran ciegos, sintieron por último las consecuencias de su deplorable furia.

—¡Tú tambien estás contra mí! Tú mé las pagarás.

—¡Tú eres el que me insultas, enano!

—¡Enano yo! Por vida de... ¿te he de matar!

Los dos infelices luchaban con un ardor digno de mejor causa.

Fierabrás quedó muerto en el campo.

El vencedor recibió un lauro que no esperaba.

Durante la lucha, habiendo perdido un alfiler, Beldad fué á buscarlo en el suelo, y entonces oyó, por un pisoton que recibió, á los dos adalides.

—Papá, mas mosquitos.

—¡Canasto! Esto es una plaga.

—¡Y qué bonito es! dijo Beldad cogiendo á Majavidas en sus manos.

—¡Qué esfuerzos hace por escaparse! repuso otra hermana.

—Que vayan á buscar una jáula de un grillo y un poco de trigo, añadió la tercera.

—Me están Vds. insultando; demontre, ¿quieren Vds. que me sulfure, contestó el enano.

—¡Y canta! ¡Y qué bien!

Un criado trajo una jáula, y Beldad encerró en ella al pequeño Majavidas.

El pobre se esforzaba en vano por reconquistar su libertad; y lo mas gracioso era que las hijas de Moc se reian á mandíbulas batientes á cada sacudimiento del infeliz cautivo.

—Canta, canta, avechucho, le decian.

—¡Si; para cantar estoy! ¡Caramba! Si estoy rabiando.

—¡Ya canta, ya canta! exclamaron las princesas al oirle.

—¡Hombre, me gusta; se están divirtiendo á costa mia!

—¿Si vendrán por fin esos gigantes, exclamó el rey, de mal humor.

—¿Si vendrán? preguntaron suspirando las princesas.

Los gigantes no vinieron; ¿cómo habian de venir, si el uno de ellos estaba encerrado en una jáula de grillo, y los otros dos fueron barridos y echados á un albañal por aquel barrennero enemigo de Mic, que habia vuelto al poder?

Imposible era que viniesen. A Tonto dijéronle que se habian perdido, y por mas que buscó, no pudo encontrar á sus hijos.

Moc aun los espera.

Es claro: creyendo que los tres príncipes eran tres gigantes, no pudo creer, aunque los interesados se lo dijesen, que ellos eran los tres príncipes.

Un dia llegó á su córte el gran Chupachiripas, sábio en muchas cosas y otros escesos; y habiéndole preguntado Beldad lo que decia su grillo, la respondió:

—Habla en una lengua que yo conozco, y dice que es hijo de Tonto III.

—¡Já, já, já! ¡exclamó la princesa; qué chistoso es imaginar un mosquito ser un elefante!

—Que le corten las narices por impostor, exclamó Moc, que habia oido á Chupachiripas.

VII.

¿Sabeis cómo se llaman hoy dia los herederos de los tres enano-jigantes? Os lo voy á decir.

Se llaman necios, vanos y orgullosos.

Cuidad, hijos míos, antes de reiros de Fie-rabrás, Cutibelambro y Majavidas, no reiros de vuestro propio retrato.

Os hemos dicho que os contaríamos unos cuentos, y, apoyados en vuestra credulidad, os estamos contando, unas veces una historia y otras la historia de muchos de nuestros defectos.

Ahora os hablamos de la vanidad y orgullo.

La vanidad y el orgullo, cuando no hay en que fundarlos, hacen de los hombres unos enano-jigantes.

Jigantes á los ojos de uno mismo que se creen una montaña, y es un grano de arena.

Enanos para los demás, que los miran como son, y aun menores por su estúpida jactancia.

Entre ambas opiniones está el desprecio del

mundo, y creédme, nunca falta una jaula de un grillo para encerrar á uno de esos jigantes.

O el pié de un miserable que le aplaste.

O bien otro vanidoso que destruya á uno.

El orgullo y la vanidad cuando llega la ocasión de servirse de ellos, como tienen unos ci-mientos vanos, caen, y en su caída aplastan al impostor que sobre tales bases sentaba la fábula de su vida.

Si no quereis esponeros al peligro, no le bus-queis.

La flor de la virtud es tanto mas hermosa cuando contra los vendabales del mundo se en-cubren con las hojas de la modestia.

Además, ya lo sabeis, Dios ha dicho

«Que el que se humille, será ensalzado.»

Francisco de ESPÍNOLA.



El Peregrino.

LA CARIDAD.

Si en horrible tempestad,
Cuando silba embravecido
El destructor huracan
Con rudo y potente brio,

Y retumba el ronco trueno
Con pavoroso estampido,
Y el rayo horrisono estalla,
Y encréspase el mar bravo,

Cruza el inmenso desierto
Estraviado un peregrino,
Del cansancio al duro peso
Postrado y casi rendido,

Y llama exhausto á la puerta
De tu hogar pidiendo asilo,
No le arrojes con dureza,
Y dale en tu seno abrigo.

Pues nada hay mas estimable
Como un pecho compasivo
Que con caridad ferviente
Amparo dá al desvalido.

Ni tus consuelos le niegues
Si acaso en duro conflicto
Gime su pecho angustiado
Por crueles penas herido;

Ellos serán como un bálsamo,
Como bienhechor rocío,
Que calmarán sus dolores
Y le darán dulce alivio.

Si esta caridad mostráres
Con el pobre peregrino,
Tu accion noble y generosa
Tendrá el premio merecido.

Él tampoco por su parte
Jamás la echará en olvido;
*«Que es la Caridad un bien
De eterna alabanza digno.»*

Gregorio LAGO.

CUENTOS DE LA INFANCIA.

LA HERENCIA.

(CONCLUSION.)

VI.

La casa de campo.

—¡No abra V. Señorita!—esclamaba temblando el pobre Julian, que se estremecía á cada golpe que resonaba en la puerta.

—Si tienes miedo déjame sola, yo veré quien es.

—Yo dejar á V.!

—Pues calla.

—Pero no conoce V., Señorita, que á estas horas.....

—Eso justamente me hace creer que será

algun pobre viajero que desconoce el camino que guia á la ciudad.

—Si Señora, pero yo.....

—No es cosa de que pase la noche en medio del campo.

—¿Y cree V. tambien, Señorita, que un pobre viajero meteria tanto ruido para pedir asilo.

Luisa se detuvo al escuchar estas palabras.

—No lo dude V.,—añadió Julian apoyándose en este pensamiento;—si fuera un pobre viajero no llamaria á tambor batiente.

—Tú crees.

—Cualquier cosa mala, despues que la campana nos anuncia la hora de la oracion; la noche no se ha hecho mas que para dormir; créame V., señorita.

—El miedo te hace ver visiones,—añadió Luisa dirigiéndose hácia la puerta.

—No olvide V. que la caridad tiene tambien sus limites; ¡todo tiene limites en el mundo, señorita!

—No temas.

—Pero ¿no ve V....?

—Nada que pueda hacerme retroceder.

—¡Dios nos saque con bien de este empeño!

—¿Quién es?—preguntó Luisa acercándose á la puerta.

—Un pobre anciano que pide hospitalidad,—contestó una voz débil desde fuera.

Luisa abrió por fin la puerta que daba al campo.

Un nuevo personaje se presentó en escena.

Julian quiso echar á correr, pero sus piernas se negaban á dar un solo paso.

El desconocido se arrojó sobre Luisa, y sin dar tiempo á que pudiera lanzar un solo grito, cubrió su boca con un pañuelo.

Julian cayó de rodillas, sin poder articular una sola palabra.

Antes de que volviera de su asombro, otro embozado le amenazaba con un puñal imponiéndole silencio.

Luisa, sin perder del todo su serenidad, quiso hacer un esfuerzo para librarse del desconocido; pero este, haciendo alarde de sus hercúleas fuerzas, la sujetó con una cuerda á una reja que estaba al lado de la puerta.

En seguida se dirigió precipitadamente hácia la escalera y desapareció por ella.

Un grito desgarrador indicó que aquel hombre habia sorprendido igualmente á la señora anciana y á su fiel criada.

Un momento despues volvió á bajar presurosamente, llevando el niño en sus brazos.

Los dos embozados desaparecieron de la casa.

Julian, haciendo un esfuerzo muy superior

á sus fuerzas, así que se vió libre del embozado, se dirigió hácia Luisa, arrancándola el pañuelo que le cubría la boca.

—¡Inspirame, Dios mio!—esclamó esta dirigiéndose hácia la puerta.

La detonacion de un arma de fuego la hizo detenerse.

Entre la oscuridad de la noche se distinguía confusamente una sombra que se dirigía hácia la casa.

Todo permaneció en silencio por algunos instantes.

—Julian,—esclamó Luisa parándose en la escalinata,—¿no distingues entre el ramaje una figura que se aproxima?

—Huyamos, señorita,—contestó Julian sin apartarse de la puerta;—es una verdadera locura jugar así con el peligro.

—Espera un momento.

—Recuerde V. que la señora estará impaciente y que no sabemos lo que habrá pasado por arriba.

—¡Juan!... esclamó Luisa, viendo acercarse á este con el niño entre sus brazos.

—¡Al fin he llegado á tiempo!...—añadió Juan subiendo la escalinata.

—Cerremos la puerta,—repuso Julian sin perder aun el miedo que de él se habia apoderado.

—Nada hay que temer,—añadió Juan entregando el niño á Luisa, que le cogió con estremada alegría;—mi gente sabrá defender la casa de cualquier tentativa.

Julian, por lo que pudiera suceder, tomó á su cargo el cerrar la puerta, lo que hizo con la mayor precipitacion: al fin empezaba ya á respirar, aunque no sin algun trabajo.

Un momento despues todos se hallaban reunidos en el pequeño gabinete donde se encontraban la señora anciana y su fiel Gertrudis.

Todo era confusion y asombro: ninguno de los de la casa se esplicaba la causa de tan extraños acontecimientos.

—Señora,—esclamó Juan pasados los primeros instantes,—la tranquilidad de esta casa queda esta noche á mi cuidado: pueden Vds. recogerse con toda seguridad; un gran asunto reclama mi presencia en otro sitio; una hora mas tarde quizá no podria encontrar á la persona que guarda el secreto que nos interesa á todos: mañana nos veremos en este mismo sitio; Dios me ayudará en mi empresa.

—Pero ¿nada podemos saber esta noche...?

—Nada, señora; aun no tengo tiempo: confiad en el hijo de la pobre anciana de la cabaña, y pedid á Dios que guie mis pasos.

Julian acompañó hasta la puerta á Juan, ro-

gándole que no les abandonase; pero todo fué inútil. Juan no debía retroceder ante el plan que se habia trazado.

La noche permaneció silenciosa y oscura.

De vez en cuando se dibujaban confusamente alrededor de la casa algunas sombras, que desaparecian entre los árboles. Juan la dejaba bien defendida; todo lo habia previsto.

VII.

Un secreto de familia.

Al siguiente dia de la fatal noche en que habian intentado arrebatarse al inocente niño, se encontraban en el gabinete de la modesta casa de campo la señora anciana, Luisa y Juan, que comentaba los sucesos de la noche anterior con tanto acierto como valor habia demostrado.

—¿Pero V. era cómplice de tan íntimo plan?—decía á Juan la señora anciana, llena de asombro.

—Mi vida, señora, contestó este, es una cadena harto pesada que he intentado romper varias veces; pero hasta ahora no he tenido valor para hacerlo.

—Continúe V. su narracion.

—El sobrino de la baronesa del Valle, mi antiguo capitan, se habia propuesto heredar todos los bienes de su respetable tia, y para ello era preciso hacer que desaparecieran sus hijos. Hace quince años que emprendimos tan larga y odiosa empresa; y cuando ya creiamos haber conseguido nuestro objeto, la baronesa dió á luz ese niño, al poco tiempo de recibir la infausta noticia de la muerte de su esposo. Dios, que vela siempre por sus hijos, no ha querido que la inocencia sufra bajo el peso de nuestro crimen. Su sobrino ha muerto, y á mí me toca destruir ese horrible plan fraguado por nosotros mismos.

—Y dice V. que hace quince años...

—Robamos una noche á la única hija que entonces tenia la baronesa.

—Pero esa niña...

—Fué entregada á uno de nuestros cómplices, á quien anoche amenacé para que me dijera su paradero.

—¿Y ha descubierto V...?

—Solo he podido arrancarle parte de su secreto, pero con la ayuda de Dios lo conseguiré.

—Hable V., Juan; quizá yo misma pueda ayudar á V. en tan noble empresa.

—Así lo espero señora; y por lo mismo nada he querido ocultar á V. de mi vida pasada.

—Prosiga V.

—Hace un año recibí una carta de mi anciana madre en que me participa su estado y

el cariñoso auxilio que la dispensaba la señorita Luisa, único sosten de su pobre existencia. Desde entonces me siguió escribiendo mas á menudo, pues yo contestaba ya á sus cartas, en las que siempre me hablaba de lo mucho que la noble huérfana hacia por ella. La caridad de esta señorita movió mi corazon, y quise, no solo separarme de mi amo, sino estorbar sus inicuos planes. La sospecha le hizo receloso conmigo y no encontrando aun la ocasion mas propicia para realizar mi intento, esperé con triste remordimiento la hora en que lo pudiera llevar á cabo. Para no infundir sospechas tambien en nuestros cómplices escribí hace un mes al que anoche intentó robar al niño, diciéndole de orden de mi amo lo que debia hacer en el castillo de la Baronesa. Escitando su ambicion supe obligarle á que no matase al niño, á quien yo mas tarde salvaria. La enfermedad de mi capitán me detuvo algunos dias mas á su lado, pero aun he llegado á tiempo. Anoche vi á la señora Baronesa, la confié todo, y despues de alcanzar su perdon, la prometí que hoy podria ya revelarla positivamente si este niño era ó no realmente su hijo.

Acabo de separarme de su lado y antes de media hora estará aquí.

—Pero su enfermedad.....

—Se ha empeñado en levantarse y en venir á demostrar á Vds. personalmente su eterno agradecimiento.

Luisa que habia escuchado enternecida esta ligera narracion enjugaba una lágrima, que en vano intentó reprimir dentro de su pecho.

Su corazon se habia conmovido tristemente, pues un doloroso recuerdo acababa de herir su viva imaginacion.

La señora anciana acogió entre sus brazos á la pobre huérfana, que correspondia tiernamente á tan dulces caricias.

—Señorita—esclamó Julian conmovido fijándose en Luisa,—si ha encontrado V. en esta señora una buena madre, cuente V. tambien con el agradecimiento y respeto que inspira V. á este su nuevo criado.

—¿Quién sabe, hija mia—añadió la señora acariciándola,—si algun dia encontraremos á tus honrados padres.

Juan demostró vivamente su sorpresa al escuchar estas palabras.

—Ten confianza en Dios.

—Luego esta señorita.....

—Fué abandonada á mi cuidado, hace doce años.

—¿Doce años!.... sí!.... ¡tres años estuvo en poder de nuestro cómplice, segun anoche me confesó!

—¿Qué dice V.!

—¿Dios mio!.... ¡ah!.... ¡seria el colmo de mi felicidad!

—¿Juan!....

—¿Pero no!.... nuestro cómplice la abandonó en una casa situada en el centro de la ciudad.

—¿En la calle del Darro?

—¿Justamente!

—¿Hija mia! ¡sí!.... ¡no me engaño!.... yo habitaba esa casa hace doce años.

—¿Madre!.... exclamó Luisa arrojando un grito de alegría.

—Pero además..... y como señal tal vez.....

—Sí, sí..... Llevaba una cruz de oro en el pecho, al pie de la cual se leian dos iniciales.

—¿Una C. y una A entrelazadas?—añadió Luisa sacando la cruz que siempre habia conservado.

—¿Sí, sí! ¡eso es!..... repuso Juan reconociéndola con asombro;—¿Carlos y Amalia!.... ¡los nombres de sus Padres de V.!

—¿Ah!.... ¡Madre mia! exclamó Luisa cayendo sin sentido en los brazos de la anciana señora, que lloraba de alegría.

El inocente niño que dormia en la cuna se despertó sonriendo.

Luisa al volver en sí, abrazó tiernamente á su querido hermanito.

—La señora Baronesa—dijo en alta voz Julian, alzando el antiguo tapiz que cubria la puerta del gabinete, para dar paso á una señora de unos cuarenta años, que venia apoyada en una hermosa jóven, que la servia de cariñosa amiga mas bien que de doncella.

—¿Madre mia! exclamó Luisa arrojándose en sus brazos.

—¿Mi hija!.... exclamó sorprendida la Baronesa.

—¿Ahora veo que Dios me ha perdonado!—dijo conmovido Juan abrazando igualmente á su madre.

—¿Ah!.... ¡sí... sí!.... ¡mi hija!.... repitió la Baronesa fijándose en la cruz que Luisa llevaba sobre el pecho.

Las lágrimas de todos, eran la espresion mas viva de esta escena.

Madre é hija cayeron de rodillas ante la cuna del inocente niño, que les tendia sus tiernas manecitas.

EPÍLOGO.

Breves dias habian transcurrido. La mas dulce alegría reinaba en el sombrío castillo de la baronesa del Valle. Todos nuestros personajes formaban ya una sola familia, ocupando cada uno el puesto á que se habia hecho acreedor.

El arrepentimiento nunca llega tarde. Juan era ya el administrador de la baronesa. La casa de campo y la cabaña de Catalina vinieron á formar parte del castillo, que se preparaba á recibir un nuevo huésped para que la alegría fuese completa. El baron debía llegar en aquel día, segun una carta de él, en que al mismo tiempo que daba esplicaciones sobre su naufragio, indicaba su milagrosa salvacion. Cinco meses habia pasado con otro compañero de infortunios entre islas casi desconocidas. Pero al fin volvía á abrazar á su buena esposa y á sus queridos hijos.

La semilla de la caridad empezaba á dar sus frutos.

Luisa habia sostenido la pobre existencia de la madre de Juan. Sus caritativas acciones conmovieron su corazon empedernido, trasformándole en un ser bueno y generoso para desenlazar el drama en que él mismo les habia envuelto.

El que posee el don de la caridad, atrae hacia sí las simpatías hasta de los hombres mas perversos, y es siempre guiado por la mano de Dios.

P. Moreno GIL.

LA CASCADA DEL RHIN.

La cascada del Rhin no presenta siempre el mismo aspecto; procede esto de la cantidad de agua, la temperatura y la estacion. La vista es verdaderamente maravillosa cuando las aguas están altas y el tiempo es sereno. En uno de estos dias la visitamos nosotros. En cuanto la hubimos contemplado desde frente de la orilla en donde cae, en todo su sonido y ondulation, nos hicimos conducir á la otra orilla para verla desde cerca en el lugar donde empieza á caer.

Cuanto mas nos acercábamos á este sitio tanto mas vacilaba nuestra barquilla, que se sostenia sin embargo bastante firme sobre las olas, guiada por un vigoroso batelero para conducir á salvo al lugar de su destino á los asustados pasajeros. Apenas llegamos á la otra orilla, subimos una parte de la montaña, en cuyo centro se halla un antiguo castillo desde el que se goza de una vista muy pintoresca; entonces se va por la izquierda á un sendero, en el que hay un puente de troncos de árboles colocado encima de las rocas y sobre las furiosas aguas.

Indescriptible es el espectáculo que presenta aquí el torrente al precipitarse en los abismos. Se halla uno encima de la caída, y al mirar, no le parece sino que las mugientes olas, que ruedan á cada momento nuevas masas de aguas como nubes, con horrible ímpetu, le van á arrastrar en su corriente. El ruido del agua des-

haciéndose al caer sobre las olas, no deja oír nada. Solo se ve y se siente. Se ven las olas, verdes por lo general, convirtiéndose en blanca espuma, ó deshaciéndose en polvo que produce el arco-iris que en el tiempo sereno corona siempre estos abismos, donde el torrente parece lanzarse llevando consigo el espanto y la destruccion. Se siente al par una lluvia muy menuda que contrasta con los esfuerzos de las furiosas olas, y recuerda al hombre la antigua máxima de que el peligro que asusta á lo lejos, si se le contempla de cerca con serenidad, las mas de las veces solo es una ligera nube de polvo.

CUADRO ICONOLÓGICO.

Explicacion.—LA OBSTINACION.

La obstinacion se representa con la figura de una mujer fea, porque este defecto engendra el mal humor y la hace insociable; que así afecta la parte moral como fisica.

Sus facciones están alteradas por los combates y contradicciones que constantemente sostiene contra el sentido comun y las luces de los demas.

El velo negro, significan las tinieblas en que está envuelta. El asno y el cerdo, son sus animales favoritos: se mira en el primero, simbolo de la ignorancia y la necedad; y el segundo marca plásticamente la brutalidad á que conduce la obstinacion.

ADVERTENCIA.

Con este número damos fin al tomo 1.º de nuestra publicacion: El segundo comprenderá como este siete meses, para que el 5.º principio, Dios mediante, en 1.º de enero de 1862.

Para complacer á los suscritores de la *Educacion pintoresca* que desean continuar recibiendo las mismas entregas que hasta aquí, daremos cuatro números desde 1.º de junio, en los dias 8, 16, 24 y último de cada mes. Esta mejora que aumenta nuestros desembolsos, pues exige mayor número de cubiertas y grabados, en nada altera las condiciones de la publicacion, porque cuatro entregas de 12 páginas, componen la misma lectura que tres de 16.

Por lo no firmado: el Director, FAUSTINO BASTÚS.

Editor responsable: D. Marcelino Martínez.

MADRID: 1861.

IMPRENTA DEL COLEGIO DE SORDO-MUDOS Y DE CIEGOS.